

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

LAS ANEXIONES ITALIANAS

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—El rey Víctor Manuel y su gobierno después de la paz de Villafranca.—Dificultades que nacen de la situación de la Italia central.—La Toscana: impresiones y sentimientos diversos: influencia preponderante que ejerció en aquellas circunstancias el barón Ricasoli.—Los ducados de Módena y de Parma: de cómo el Sr. Farini ejerce en los ducados una influencia parecida á la del Sr. Ricasoli en Florencia.—Las Romañas: medidas que había tomado el Sr. de Azeglio antes de regresar á Turín.—El tratado de Villafranca parece caduco.—Empiézase á proclamar el principio de no intervención.—Cavour en sus retiros de Leri y Pressinge: su manera de pensar sobre los asuntos italianos.
- II.—Cuál es, en tales coyunturas, la política francesa: numerosos mensajeros que llegan á París.—El Sr. de Walewski: su lenguaje; de qué modo aconseja las restauraciones, principalmente en Toscana.—El emperador: lenguaje algo indeciso, pero más bien favorable á Italia.—De cómo importa sondear las ideas de Napoleón III: el conde Arese: su primera misión en París.—Elecciones en Toscana: la Asamblea toscana: ésta vota la prescripción de los derechos de los príncipes loreneses á la corona y la anexión al Piamonte.—Nuevo viaje de Arese á Francia.—Los delegados toscanos en Turín: contestación que les da el rey: de cómo los italianos procuran ampliar el sentido de esta contestación: nota del *Monitor* (9 de septiembre): esta nota no logra detener el movimiento.—Votación en Módena, en Parma y en las Romañas: contestación del rey á los modenese y á los parmesanos.—Su contestación á los romañoles.
- III.—Emoción pública: los diplomáticos: los plenipotenciarios en Zurich.—De cómo la contestación del rey á los romañoles ha irritado á los católicos y de qué manera la *cuestión romana* viene á complicar la *cuestión italiana*.—Primeros folletos episcopales y primeros mandamientos.—El emperador y el cardenal Donnet en Burdeos.—Lenguaje que el emperador, á su regreso de Burdeos, emplea con los delegados italianos.—Carta imperial del 20 de octubre, y de cómo es interpretada.
- IV.—Política refinada de los gobiernos italianos del centro.—Audacia creciente: proyecto de regencia en favor del príncipe de Carignano en la Italia central: cómo acoge el emperador este proyecto: de qué modo el príncipe es substituido por el Sr. Buoncompagni.—De cómo han terminado, en medio de estos incidentes, las negociaciones de Zurich: derecho antiguo y derecho nuevo.
- V.—Proyecto de congreso: sentir de las potencias.—La Rusia.—La Prusia.—El Austria.—Inglaterra: política de lord John Russell: motivos que le guían, y cómo se ha constituido en consejero de Cerdeña.—Lo que Cerdeña puede esperar ó temer: ¿quién la representará en el congreso? Razones para elegir ó descartar á Cavour: su nombramiento.
- VI.—El folleto *El papa y el congreso*: influencia bajo la cual se ha escrito.—De cómo proclama el poder temporal del papa y lo restringe al extremo de abolirlo.—Aplazamiento del congreso.
- VII.—Consecuencias, desde el punto de vista interior, del folleto *El papa y el congreso*: de cómo este folleto señala la escisión entre el imperio y los católicos: señales que revelan esa separación.—El *Journal de Rome*: discurso del papa (1.º de enero de 1860): carta imperial de 31 de diciembre.—Caída de Walewski: Thouvenel.—Periódicos y folletos: el *Univers*, el *Correspondant*; los parlamentarios: cómo se forma la *oposición de la derecha* y cuáles son sus elementos.—Los obispos; sus conciliábulos y sus apuros.—Supresión del *Univers*.
- VIII.—Vuelta de Cavour al poder.—Su programa: este se reduce á la anexión de toda la Italia central.—Acción de Cavour en Italia.—Su acción en Inglaterra: proyecto inglés que ha previsto sus planes.—De cómo espera vencer las últimas resistencias de Francia: el Sr. Nigra y el conde Arese; su llegada á París; confusión en la camarilla del soberano y en la diplomacia: á qué parecen reducirse los proyectos de Napoleón III.—Supremo consejo del emperador en favor de Toscana: resistencia de Cavour.—Nueva votación en la Italia central, y de qué manera consagra la política de anexión: Farini y Ricasoli en Turín: agregación de toda la Italia central á la Cerdeña.
- IX.—La Saboya y el condado de Niza: de cómo el proyecto de anexión á Francia fué abandonado y vuelto á ser propuesto.—Decepción en el Piamonte: excitaciones de Inglaterra.—El emperador persiste en su intento.—La Gran Bretaña y las potencias: la Confederación helvética.—Negociaciones: actitud de Cavour y sus esfuerzos en favor de Niza: de cómo resultan vanos.—Tratado de cesión (24 de marzo de 1860).—Votación en Niza y en Saboya, y carácter de esta votación.

I

Vuelto á Turín, después de la paz de Villafranca, Víctor Manuel pareció aceptar desde luego, con una especie de resignación, las consecuencias de su incompleta victoria. Habiendo recibido la dimisión de Cavour, confió la presidencia del consejo al general La Marmora, soldado muy firme y muy correcto; la cartera del Interior á Rattazzi y la de Negocios extranjeros al general Dabormida, notoriamente enemigo de la política de aventuras. Al mismo tiempo el caballero Des Ambrois fué

designado para representar á Cerdeña en las negociaciones que habían de abrirse en Zurich. No podía darse por desentendido de los preliminares de Villafranca un gobierno que tomaba parte en las conferencias que habían de sellar la obra de la paz. Otra medida pareció señalar aún mejor la moderación piamontesa. El rey anunció que llamaba á sus comisarios. Estos eran: Farini en Módena, Azeglio en Bolonia y Buoncompagni en Florencia. Pocos días después la misma orden se hizo extensiva á Pallieri, gobernador de aquellas provincias de Parma que no habían sido mencionadas en



VÍCTOR MANUEL II, REY DE ITALIA

el tratado de Villafranca y que, por lo tanto, Cerdeña se había propuesto conservar.

La paz hacía surgir una cuestión más grave que las que habían originado la guerra. ¿Cómo aceptarían los italianos lo que los pueblos esclavos, ó que se tienen por tales, aceptan más difícilmente, es decir, una semi-libertad?

La cuestión era amenazadora en la Italia central, oficialmente devuelta á los príncipes que poco antes había dejado ó hecho partir.

En 27 de abril, los toscanos habían expulsado á su gran duque. Realizada la revolución, se habían pasado todo el tiempo de la guerra asombrándose de lo que habían hecho. No es que se arrepintiesen, pues odiaban á los austriacos, y su príncipe era austriaco por su origen, sus alianzas y sus recuerdos. Pero hasta en el primer fervor de su emancipación les disgustaron varias cosas. Desde luego vieron desembarcar en Liorna el cuerpo de ejército que mandaba el príncipe Napoleón. ¿Qué significaba aquella protección que no habían solicitado? ¿Qué beneficio iban á conseguir si los uniformes blancos eran substituídos por los pantalones rojos? Luego les instaron á que se equipasen, se armasen y se alistasen, cosas de que, exceptuando la leva de 1848, no habían oído hablar más que en los libros. Como no se daban mucha prisa en hacerlo, el príncipe Napoleón les reprendió sin consideración alguna, y, desde Turín, Cavour acusó de inercia al comisario sardo, señor Buoncompagni. Una cosa preocupaba sobre todo. Los florentinos habían aceptado la dictadura de Víctor Manuel, pero con carácter provisional y con la condición de la más entera autonomía. Pues bien, una infinidad de agentes sardos recorrían el país burlándose de los pequeños principados, ponderando las grandes aglomeraciones, censurando, sobre todo, el envío de representantes al extranjero, como hubiera podido hacerlo un Estado soberano. Los toscanos se quejaban. No querían recaer bajo la influencia austriaca, pero no estaban de acuerdo más que sobre este punto; sobre todo lo demás, su pensamiento fluctuante se perdía en toda clase de planes, tales como confederación de Estado, príncipe extranjero, reino de la Italia central... Si á veces se inclinaban á unirse al Piamonte, era más por conveniencia que por gusto. «Habrà que hacer el sacrificio,» decían. Pero procuraban reservarse tantas cosas, que se acababa por no ver lo que concedían. No comprendían que la patria del Dante, de Savonarola, de Maquiavelo y de Miguel Angel no fuese capital, y no podían imaginarse que su ciudad se dejase eclipsar por Turín (1).

En esto, se anunció el armisticio y después la paz. Hubo grande agitación en el Palacio Viejo y se formaron numerosos grupos en los Pórticos. No tardó en saberse que el tratado reciente estipulaba la restauración del gran duque. Personalmente, el príncipe no era impopular, pero la idea de que iba á volver á sus Estados después de haber pasado por los campamentos de Austria, excitaba vivas repugnancias. A las ansiedades pú-

blicas se unían las inquietudes privadas. Los que se habían comprometido en los últimos acontecimientos calculaban las consecuencias probables de su temeridad: vejaciones, trastornos en los negocios, pérdidas de clientela, destierro y otras desgracias.

Así las cosas, el secretario del gobierno provisional, Sr. Celestino Bianchi, fué enviado á Turín, en 13 de julio, con instrucciones relativas á estos tres puntos: La Toscana ¿corría realmente peligro de una restauración? El protectorado piemontés ¿había de continuar? ¿No sería oportuno interrogar á la nación sobre su suerte futura (2)? Al día siguiente el mensajero recibió del ministro de Negocios extranjeros toscano, Sr. Ridolfi, un parte en que se reflejaba la incertidumbre que reinaba entonces en las esferas oficiales de Florencia. No se hablaba de anexión. Se creía que la mejor solución sería la creación de un reino separado, bajo el cetro de un príncipe de la casa de Saboya. Subsidiariamente, se prefería el príncipe Napoleón á una princesa de Borbón, como la duquesa de Parma. Se quería esperar la próxima reunión de un congreso, contando con que la Cerdeña continuaría sus buenos oficios y no retiraría su protección (3). Así hablaba Ridolfi, fluctuando entre tantas hipótesis diversas, que su lenguaje era más propio para aumentar la confusión que para disiparla. Mientras tanto, Bianchi practicaba en Turín activas diligencias, recogiendo todos los rumores que circulaban. Vió al rey, que le prometió «no abandonar á las buenas gentes que se habían entregado á él.» «Armas, añadió, y luego veremos.» Habló con Cavour, que le dió aún más ánimos. Al mismo tiempo, uno de los principales ciudadanos de Florencia, el Sr. Corsini, que también se encontraba en Turín, manifestó que las cláusulas del tratado no eran inmutables. A través de todos los indicios confusos y contradictorios, se repetía una frase singularmente consoladora, atribuida al emperador: «El tratado consagraba la restauración de los príncipes, pero no podía ejecutarse por medio de la fuerza;» frase maravillosa, verdaderamente salvadora, sobre todo si aquella prohibición de emplear la fuerza no se aplicaba más que al Austria y á sus clientes.

Estos informes, transmitidos á Florencia, calmaron un poco los espíritus. Decididamente, el gran duque no estaba á punto de volver. Sin embargo, es dudoso que la blanda y suave Toscana, entregada á sus propias fuerzas, hubiese encontrado en sí misma la energía necesaria para resistir hasta el fin á la diplomacia. Cansada de la lucha, hubiera vuelto á aceptar sus antiguas cadenas, que, después de todo, eran fáciles de llevar. Pero en medio de aquel pueblo, más simpático que enérgico, había un hombre que, á falta de simpatías, tenía una voluntad indomable. El fué quien, con un impulso imperioso, empujó á la Toscana por la senda que ésta no se atrevía á seguir.

Este personaje se llamaba el barón Ricasoli. Su cuna era ilustre y su patrimonio opulento. Desgracias de familia habían entristecido su casa, sin que la actividad de la vida pública pudiese distraer ó aligerar su duelo, pues, como muchos italianos de su época, encontraba

(1) Véanse las cartas de Lambruschini á Ricasoli (*Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo III, págs. 59, 107, 115 y 117). — Véase también Poggi, *Memorie storiche del governo della Toscana*, tomo I, *passim*. — Aurelio Gotti, *Vita del barone Ricasoli*, pág. 207.

(2) Instrucciones de Buoncompagni, comisario del rey (*Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo III, pág. 151).

(3) Instrucciones á Celestino Bianchi, 14 de julio (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 537-538).